

**"Ahí viene el Cordero de Dios, el que carga con el pecado del mundo"** (Jn 1: 29). Estas palabras en el Evangelio de hoy forman la primera parte de la invitación en la Liturgia de la Misa antes de recibir la Santa Comunión, que es la presencia sacramental de Jesús Resucitado, de su Cuerpo y de su Sangre, que se nos ofrece a nosotros en la forma de pan y vino. Esto lo hemos escuchado cientos o quizás miles de veces. Pero, ¿hemos alguna vez reflexionado sobre su significado las implicaciones de nuestra acción y respuesta en el contexto de la celebración de la Santa Eucaristía?, y ¿cuando vamos adelante hacia el altar para consumir físicamente el Cuerpo y la Sangre de Cristo?

La proclamación: "Ahí viene el Cordero de Dios", revela dos cosas sobre Jesús.

**Primero**, Él es el "**Cordero**" que será sacrificado para la remisión del "**pecado del mundo**". Así como el Cordero sin defecto se sacrificó, se consumió y cuya sangre se untó en los postes y la parte superior de las puertas de las casas de los hebreos en Egipto (Éxodo 12: 5-7), que llegó a ser el medio de la liberación de ellos de la esclavitud y también el medio de abrirles la puerta a la libertad como hijos de Dios, del mismo modo Jesús, el eterno y sin pecado Hijo único de Dios, se encarnó de la Santísima Virgen, y es lo que profesamos en las palabras del Credo, y Jesús al tomar nuestra condición humana, derramó su sangre en su sagrada pasión, y llegó a ser la forma de nuestra liberación de la esclavitud del pecado, y que la abrió la puerta de la reconciliación y a la vida eterna en Dios para toda la humanidad. Al hacer esto, Jesús cumplió con la profecía del siervo proclamado por Isaías, el uno por quién Dios dijo "*en tí manifestaré mi gloria*", y el uno quién Dios hizo "*te voy a convertir en luz de las naciones, para que mi salvación llegue hasta los últimos rincones de La tierra*", (Isaías 49: 3,5-6).

**Segundo**, Jesús el Cordero de Dios, que ha quitado los pecados del mundo, busca de incorporarnos a nosotros tanto en el acto de nuestra propia salvación como en su misión permanente de la salvación del mundo. Juan el Bautista también revela que Jesús "**ése es el que ha de bautizar con el Espíritu Santo**" (Juan 1:34). Las aguas de nuestro bautismo

también logran dos cosas: de quitar nuestros pecados, de darnos santidad de vida, que nosotros comúnmente referimos a la "gracia santificante". Pero, como el propio bautismo de Jesús, nuestro bautismo es mucho más que un medio para el perdón de los pecados. Nuestro bautismo nos hermana a Jesús, nos hace parte de su propia vida, de su cuerpo, y a través del don del Espíritu Santo el cual se nos ha dado, dándonos el poder de llegar a conocer a **Jesús** y de comisionar a cada uno de nosotros en la vida de él/de ella, para llegar a ser una "real y verdadera presencia" de Jesús, tan real y verdadera (aunque de una manera diferente) como su presencia aquí en la Misa en el Santísimo Sacramento; con el objeto de llevar a cabo su misión en los encuentros diarios con otras personas y eventos que forman parte de nuestra vida en este mundo. Esta es la invitación, el desafío, el significado y la responsabilidad de que cada uno de nosotros debe tomar cuando caminamos adelante durante la Misa, para participar en el acto de recibir la Santa Comunión.

Jesús al darse a sí mismo en la Santa Eucaristía en la Última Cena, estableció un medio duradero de vivir nuestro bautismo y sus efectos dentro del contexto de una comida. Siendo una comida de comunión, la Eucaristía es principalmente hacer presente en nuestro medio, el sacrificio de Jesús ofreciéndose a sí mismo a través de su pasión, muerte y resurrección. Jesús nos ordena, "***Haced esto en conmemoración mía***" y es la manera en que nosotros llegamos a conocer a Jesús; y es nuestra responsabilidad de sacrificarnos a si mismos, de morir el interés propio por amor a Dios y a los demás, esta es la manera en que nos unimos a él y llegamos a ser uno con él "*El Cordero de Dios que quita los pecados del mundo*". El de hablar y actuar por la justicia para los que no tienen voz en la sociedad; de trabajar para sanar las heridas en nuestra familia, la Iglesia, la comunidad y del mundo por medio de palabras y actos de perdón y reconciliación; de alimentar a los hambrientos, dar de beber a los sedientos, vestir a los sin ropa, visitar a los enfermos y a los encarcelados, enterrar a los muertos—estas son las obras de la Misericordia, y como el Papa Francisco continúa diciéndonos, llegaremos a ser el pan partido y bendito, el vino derramado y compartido, El Cuerpo y la Sangre de Cristo que fuimos hechos en el Bautismo.

Padre Jim Secora